



## CAPÍTULO UNO

Seré honesta: no creo en cuentos de hadas. Después de mis últimos dieciocho años de vida, tendría que ser tonta para darles crédito. Sin embargo, sí creo en el destino, en especial, en nuestro poder sobre él.

Es por eso que contra todo pronóstico me encuentro aquí, de pie frente a la universidad de mis sueños, como una de las pocas estudiantes transferidas a mitad de primer año en la historia de la Estatal Blue Ridge. Lo mantuve en secreto durante el receso de invierno porque debía resolver el aspecto financiero, pero ya es oficial. Por una vez, todo empieza a encajar en su lugar.

Presiono el colgante en forma de A del viejo collar de mi madre, lo reacomodo debajo de mi abrigo y llamo tres veces a la puerta del apartamento fuera del campus.

—¿Quién es? —pregunta alguien desde adentro.

—Eh... —Repasé este momento en mi mente tantas veces esta mañana que no puedo olvidar la expectativa de que Connor abriera la

puerta, me mirara con los ojos color ámbar bien abiertos y se alegrara tanto de verme que me levantara del suelo en un abrazo. En cambio, procedo a decirle al extraño—: Soy Andie. Connor es mi...

Pensaba decir “novio”. Aún lo es, aunque apenas nos hayamos visto desde agosto, cuando él se mudó a dos horas de distancia para estudiar aquí, mientras que yo me quedaba en la universidad local.

—Em, acabo de mudarme —avisa un chico a través de una hendidura de la puerta—. Pero no conozco a ningún Connor —agrega con los ojos entornados.

—Me refiero a Whit —ratifico. Sus compañeros del equipo de fútbol siempre lo han llamado por el apellido, tanto que estoy segura de que no recuerdan cómo se llama. Incluso su perfil de Instagram ahora es solo “Whit”.

—Tampoco.

—Ah. —Retrocedo para comprobar la dirección; parece ser la misma a la que he enviado provisiones todos los meses, pero es posible que entre el caos de guardar mi vida en dos maletas haya confundido la numeración. Mientras saco el móvil de mi bolsillo para llamar a Connor, comienzo a disculparme—: Lamento molestar... —Pero la puerta se cierra en mi rostro—. Eres un... —balbuceo y me alejo.

Me llevo el móvil al oído, pero responde el buzón de voz.

—Galletas azucaradas —resoplo, una costumbre que copié de la abuela Nell, que se rehúsa a decir groserías de verdad y se sobresalta de forma exagerada cuando alguien lo hace frente a ella.

Esperaba encontrar a Connor antes de la inauguración de la búsqueda anual de listones de la universidad, una tradición para ingresantes con la que sueño desde... bueno, desde que tengo consciencia. Por lo que oí en la transmisión en vivo del programa de radio

clandestino *La guardia de Caballeros*, comenzará a las diez en punto en el parque. Pero mi día ya estará muy ocupado con una mudanza acelerada, clases nuevas e intentar encontrar un trabajo de medio tiempo decente, así que supongo que será mejor buscar a Connor más tarde. No es que vaya a faltarnos tiempo ahora que estudiaremos en la misma universidad.

Entonces, vuelvo al coche donde me esperan mis abuelas, exhibiendo la sonrisa que solía llamar de “presentadora televisiva”, tan ensayada y automática que ya casi no se siente falsa.

–Lo olvidé, tenía práctica temprano –explico al abrir la puerta.

–Ah, ¿sí? –pregunta la abuela Maeve, que enciende el motor alzando una de sus cejas perfectas por detrás de sus gafas de sol rosadas.

Ambas sabemos que mentí por el bien de la abuela Nell, por lo que también la miro con los labios apretados a través del espejo retrovisor para hacerle saber que me descubrió. Eso es mejor que dejar que Nell entre en una de sus espirales de fatalidad; puede derivar de “Connor no responde el teléfono” a “fue abducido por un culto que le robará los órganos” en dos segundos.

–¿A Cardenal, entonces? –continúa Maeve, refiriéndose a la residencia que me asignaron.

–Quisiera que nos dejaras subir contigo. –La abuela Nell gira hacia mí haciendo pucheros y con la misma mirada de cachorro de ojos azules que heredamos mi padre y yo.

–No me molesta si quieren... –respondo desde el asiento trasero.

–¿Y arruinar tu imagen con dos viejas gruñonas antes de que puedas siquiera hacerle ojitos a un chico?

–Tengo novio –le recuerdo con paciencia, con lo que me gano un resoplido de su parte. La abuela Maeve no es fan de Connor

actualmente, no desde que él habló de tomarnos un descanso el semestre pasado, cuando la distancia comenzó a hacerse difícil. Aunque no puedo culparlo del todo, Blue Ridge tiene fama de hacerles las cosas difíciles a sus estudiantes. Estoy segura de que fue por eso que no me admitieron al terminar la secundaria; nada en mi registro académico brillante ni en mis actividades comunitarias pudo compensar la serie de calificaciones bajas que obtuve en tercer año, que fueron más que suficientes para llevarme a la pila de “rechazados” de la universidad más competitiva del estado.

–Y yo no gruño –agrega la abuela Nell con delicadeza.

–Claro que no, Nellie. –Maeve le da una palmada en el hombro con la mano que no tiene sobre el volante.

El asunto con mis abuelas es que tienen tan solo dos cosas en común: una larga y casi preocupante obsesión con Ryan Reynolds, y yo. Excepto por eso, bien podrían ser el día y la noche. Maeve es impertinente, usa accesorios llamativos y dice lo que piensa; Nell es dulce, usa cardiganes de algodón y no dice lo que piensa, sino que demuestra lo que no le agrada de manera pasivo agresiva. El único motivo por el que no hicieron estallar nuestra casa en Little Fells es que hace siete años, cuando mamá murió, ambas decidieron mudarse con nosotros para ayudar a mi padre a criarme. Puede que la palabra “ayudar” haya quedado muy corta. La abuela Nell había enviudado hacía ya tiempo y Maeve llevaba ya varios divorcios en su haber, por lo que hacían casi todo el trabajo, hasta que tomaron el control total cuando mi padre consiguió empleo a dos horas de casa, mientras que yo me quedé para terminar la escuela. En poco tiempo, se hicieron tan conocidas en el vecindario que los vecinos por poco acampaban en nuestro jardín para escuchar otra desventura detrás de alguno de

los tatuajes de Maeve o conseguir una ración de la famosa jalea de chocolate y cerezas de Nell.

Desde que recibí la carta de aceptación hace unas semanas, había conseguido ignorar cierto escozor en mi interior bastante bien. Tuve una infancia singular, pero sin dudas buena, y aunque estarán a solo dos horas de distancia, se siente mucho más que eso.

Mi corazón da un vuelco al llegar a la entrada de Cardenal. Intento pensar en qué decir mientras bajamos del auto, algo que les dé seguridad a ellas y a mí, pero la abuela Nell interrumpe con un codazo a la abuela Maeve.

–Lo olvidaste.

–¿Qué? –pregunta Maeve con el ceño fruncido.

–Sabía que lo olvidarías. Los lis...

–Ah, tienes razón. Mierda. –Señal para un sobresalto típico de Nell–. Espera un momento, polluela –indica Maeve mientras busca algo en la cajuela. Luego presiona tres listones en mi mano, uno rojo, uno amarillo y uno azul, todos con la estampa desdibujada del Caballero en el logo de Blue Ridge. Por último, me entrega el cuarto: un listón blanco con la “A” de mi madre escrita con tinta permanente. Se me cierra la garganta; no los veía desde que mi padre los había guardado, ni siquiera estaba segura de que aún los conserváramos–. Los busqué entre las cosas de tu madre. Estoy segura de que hubiera querido que los tuvieras.

No nos gusta hablar de mi madre frente a otras personas. Nuestro pueblito de Little Fells la vio convertir su programa de radio local en uno reconocido en todo el estado, por lo que se ganó el amor incondicional del pueblo como “fiera local” y todos ansían la oportunidad de compartir recuerdos sobre ella. Sin embargo, siempre hemos

compartido un duelo sagrado y privado entre mi abuela Maeve, mi padre y yo en los pocos momentos en que él lo reconoce. Por lo tanto, no me sorprende que Maeve cambie de tema de inmediato y me entregue una bolsa de monedas para la lavandería. Un instante después, Nell me entrega media tienda de dulces dentro de una bolsa de compras, de la que estuvo a punto de dejar caer a la acera un par de pastelillos y biscochos en envoltorios individuales.

–Para tus nuevos amigos –anuncia emocionada, y le devuelvo la sonrisa.

Mi cuerpo cosquillea por la anticipación. Desde que recibí la carta de aceptación, me prometí a mí misma que no solo sería un nuevo comienzo académico, sino también una nueva oportunidad para hacer amigos; algo en lo que no tengo mucha experiencia, ya que crecí en un pueblito lleno de gente a la que conozco desde que nací. Un ligero soborno a mis compañeros con bocadillos en miniatura parece un buen comienzo.

Las dos me abrazan. El de la abuela Maeve es un apretón fuerte que transmite amor hasta los huesos; el de la abuela Nell es suave y huele a las manzanas asadas de esta mañana, hechas en la freidora de aire. Debo tragar la inútil bola de nervios de mi estómago.

–Llámanos cuando termines de instalarte –indica Maeve al subir al automóvil.

–¡Llama a diario! –exige Nell.

Luego, Maeve me lanza un beso y presiona el acelerador, por lo que Nell protesta con un chillido e intenta, en vano, tomarme una fotografía por la ventana. Las saludo con la sonrisa intacta cuando dan vuelta a la esquina, antes de abrir el bolsillo oculto de mi maleta para guardar los listones, seguros y fuera de la vista.